



(Franklin.)

COSTUMBRES ESPAÑOLAS DE LA EDAD MEDIA.

LA CAZA.

La caza! he aquí la verdadera imagen de la guerra, clasificación que la han dado muchísimos escritores. La caza de fieras ó de montería podemos decir que pierde el origen de su uso en la más remota antigüedad, pues el primer estado salvaje á que han debido estar sujetas todas las naciones, la harían necesaria á sus habitantes para librarse lo posible de las bestias dañinas que les disputaban sus viviendas.

En el Génesis ya se hallan como aficionados á la caza á Cain y Lamec antes del diluvio y despues de él á Nemrod, primer rey de Babilonia, á Ismael y á Esú. El primero que la trató por escrito, haciéndola un simbolo de la milicia fué Venofont, autor de la escuela filosófica eleática. Homero, el príncipe de los poetas griegos, la halla útil á los jóvenes para adquirir espíritu y robustez, y Horacio, el príncipe de los latinos, la considera retraente del amor, teniendo entonces como indigno de la sociedad que solo miraba á la mujer con esclavitud. El historiador Julio Polux persuadía al emperador Cómodo á que la ejercitase, manifestándole ser empleo animoso y va-

ronil. Tulio Ciceron espresa vivamente el afán y fatigas de los cazadores, *pernoctant venatores in nive*, dice, *in montibus uri se patiuntur*; y en otro pasaje: *labor inventu, audor cursus ab evrata, famas flis*. Virgilio, Ovidio, Séneca y Valerio nos presentan sobre el mismo objeto escenas preciosísimas en sus obras inmortales.

La historia nos cita como muy aficionados cazadores á los emperadores Domiciano, Marco Antonio y Alejandro Severo. No paraba aquí la inclinación que tenían los romanos á la caza de monte, sino que llegaron á presentarla en el circo como una diversion pública: para ello figuraban un bosque en donde dejaban sueltos toros, osos, lobos, y otras fieras que para el caso eran traídas hasta de regiones distantes; luego saliendo los cazadores se principiaba la funcion resumida en perseguir y dar muerte á las fieras, lo que tambien alguna vez reportaba inmensas desgracias en los actores. Dice Suetonio en la vida del emperador Claudio que en las fiestas del circo romano, despues de cinco corridas de carros ó caballos, se interpolaba una *venacion*, y que concluida ésta volvian á continuar las carreras.

Es cierto que la desmesurada afición de los romanos á la caza llegó á introducir en ella muchos vicios y mucho lujo. San Agustín la reprende en varias partes de sus escritos, ya por abandonar obligación á que no se debe faltar, y ya tambien por complacencia en las crueldades con que se ejecuta y por el inmoderado dispendio.

4 DE AGOSTO DE 1850.

Esto último, hablando de la liberalidad, lo condena asimismo Cicerón, diciendo que el crecido gasto en las cacerías es de prodigos, no de liberales.

La caza de aves, llamada de cetrería, quizás es mucho más moderna; de todos modos algunos hacen remontar su antigüedad hasta Ulises que la puso en práctica al volver de la destrucción de Troya; sin embargo, los romanos apenas la conocieron y la única noticia demarcada que se conserva referente al tiempo de la dominación de éstos, es de Plinio el joven que en el libro 10 c. 10 y 11 de su *Historia natural*, hablando de las aves de rapiña, describe la costumbre de cazar con ellas en un lugar de Tracia junto á Amphipolis. Los bárbaros del norte, al invadir la Europa en el siglo V, fueron sin duda alguna los que trajeron el grande afán por la caza de aves consideradas como á pastetempo y diversion, y nada mejor que ellos, pues sin la caza mal hubieran empleado los momentos de ocio ó los intervalos de descans, intermedios con los horrores de las batallas; ningun otro solaz ni ejercicio se hubiera adaptado con más simpatía á su carácter violento, feroz é inculto; así es que las leyes establecidas en tiempo de su dominación tratan de la caza muy extensamente. La 6 de entre las longobárdicas decretadas por el emperador Ludovico Pio, exceptuando de los embargos el halcón y la espada como los objetos más preciados y usuales de los caballeros tanto en la paz como en la guerra; entre las ripuarias el precio legal de un halcón se estimaba para las composiciones en tres sueldos si era bravo y en doce si estaba domado, «e donde se quiere que uno de estos últimos valia por doce buenas vacas que solo se preciaban en un sueldo cada una».

En España fué puesta en uso la caza también por los godos, aunque no se menciona en sus leyes. Después de alzar don Pelayo el trono de Asturias, ya hallamos comprobado ser diversion de los reyes y grandes señores, pues la historia nos revela la desastrosa muerte de Fabila, hijo y sucesor de aquel grande monarca, quien hallándose en una cacería de monte en los de Cangas, fué despedazado por un oso que perseguía con demasiado empeño. Florez y Sandoval dicen que en el capítul de una de las columnas de la iglesia de San Pedro de Villanueva en Asturias, construida á voluntad de Alfonso I el católico, se halla entallado el trágico suceso de Fabila; mas el ilustre Jovellanos observa que después de haberlo él mismo reconocido y copiado tiene alguna duda sobre la opinion emitida por aquellos dos historiadores, porque tales alegorías son repetidas y hasta comunes en otros edificios de aquel tiempo y posteriores sin suceso determinado. «Pero sea lo que fuere, añade, siempre servirán para confirmar que los artistas de entonces echándose á imitar cacerías en sus ornatos, representarían probablemente las que eran conocidas y usadas en su tiempo.» Otra razon hay para no seguir el parecer de los padres Florez y Sandoval y es que en el capítul de Villanueva se vé á un caballero con un halcón en la mano, lo que tiene referencias á la caza de cetrería y no á la montería en que murió el hijo de Pelayo; luego despues si bien es verdad que se halla representado un oso peleando con un caballero, se vé claramente que este es quien le domina teniendo clavada su espada en las entrañas. De la misma época se conservan numerosos privilegios y donaciones otorgadas por los reyes de Asturias y otros nobles principales en las que se trata de venaciones *astoreras* y *guilanceras*, quedando en ello manifestado que se iba dando incremento tanto á la caza de montería como á la de cetrería.

Alfonso el Sábio, en la ley 20, tit. 8 de la segunda de las Partidas, formaliza y recomienda encarecidamente á los príncipes y señores de su reino el ejercicio de la caza; y Alfonso XI se reconoció muy entendido en él escribiendo *El libro de la montería*, que más tarde publicó Gonzalo Argote de Molina, y en el cual se dá una completa reseña de la venacion. En el antiguo manuscrito de esta obra, que segun Jovellanos pertenecía á la cartuja de Santa Maria de las Cuevas de Sevilla, hay preciosas iluminaciones sobre el mismo asunto. Poco antes un tal Gerardo habia formado otro libro de la de cetrería, y otro don Juan Manuel, conde del citado Alfonso XI, con el título de *Libro de la caza*, que sin duda seria un tratado general de toda ella.

Estendido el uso de la caza en la edad media, y enriquecido tanto lo posible su aparato, salian públicamente los reyes y grandes señores á dar batidas con numeroso acompañamiento, armados y vestidos unos y otro con lujo y esplendor. En pos iban muchos monteros, ballasteros y halconeros, adornados tambien con hermosas libreas, cuidando los sabuesos, los gerifaltes, azores y neblías, los primeros sujetos á las trallias, y las otras en los capricios, cubiertas de cuero que se ponian á las balcoas y otras aves de cetrería en la cabeza, tapándolas los ojos para que estén quietas en la mano ó en la alcántara, y se les quita cuando son lanzadas al aire. Las trompas, vocinas y atabales llenaban los bosques de ruidosa armonía: mientras tanto los cazadores se internaban por la espesura persiguiendo á los osos, ciervos y otros animales, con los venablos, ú

bien lanzando las aves de rapiña á otras más inocentes que volaban de se les presentaban. En un principio salian solo los caballeros, y en privado, resonando en los montes el áspero son del cuerno; pero en breve se introdujo la forma de que hemos hecho mencion: las nobles damas tomaron tambien parte en ello, acompañadas de sus dueñas y doncellas, y vestidas ricamente y montadas en adiestrados palafreos hacia la diversion mucho más grata y brillante. A propósito para las señoras se levantaban andamios en los parages de mejor vista, desde donde pudiesen admirar los arriagados lanceos de los cazadores; pero luego ni casi era necesaria tal precaucion, pues privilegiadas por las costumbres de la época, que las infundian veronil animacion, seguian á los caballeros hasta lo más enmarañado de los bosques, atreviéndose no solo á lanzar los halcones, sino el venablo, á las fieras, azuzando á los perros al mismo tiempo; y lo hacian sin melindre, sin temerse siquiera. «Estas monterías, dice Jovellanos, que por aparatosas y caras estaban de hoy reservadas á los poderosos se quedaron al fin exclusivas para su clase, cuando la legislación, ampliando los derechos señoriales, colocó entre ellos el dominio de los montes bravos y la facultad esclusiva de perseguir las fieras.» Esto, sin embargo, únicamente puede referirse á Castilla: hemos visto varios documentos que lo comprueban, y entre otros tenemos presente la escritura de donacion de la villa del Pinel hecha por los templarios á los habitantes de la misma en 1225, en la cual se reservan aquellos solo la cuarta parte de los osos, puercos-espines, cabras, jabalies y demas bestias silvestres que libremente matasen los vecinos cazando.

Mas amplitud que en la de montería se daba en Castilla y Leon á la caza de aves, pues como no era posible prohibir á los villanos que criasen secretamente aves de rapiña, haciendo uso de ellas cuando mejor les pareciese, quedó esta diversion como derecho comunal, y salieron buenos y costosos halcones adiestrados por los más infelices pecheros, supliendo al arte el ingenio y la paciencia. Sin embargo, no por ello dejó nunca la cetrería de ser ejercitada por los reyes y grandes de la nacion; antes al contrario, fué de cada día tomando preponderancia, particularmente bajo los reinados de don Juan II y de don Enrique IV, quienes fueron en extremo apasionados á este ejercicio. Pedro Lopez de Ayala, canceller de Castilla, que murió el mismo año de sentarse en el trono el primero de los dos monarcas que acabamos de citar, ya habia llevado el arte al más alto grado de perfeccionamiento, publicando una obra con el título de *lacaza de aves, é de sus plumajes, é dolencias, é malisamientos*, que fué dedicada á don Gonzalo de Mena, obispo de Burgos. Por el mismo tiempo se creó en palacio el empleo de halconero mayor, que fué una de las principales dignidades de la corte; el que lo obtenia mandaba á los halconeros, y á su cuidado y direccion se hallaba todo lo perteneciente á la caza de cetrería.

Las aves de rapiña que se adiestraban para el efecto eran el halcón, propiamente dicho, el coronado, el gentil ó uehl, el alfanque y el boral, conocidos uno y otro por lanero, el marino, el sorgaleyon amarillo, el alcotan, el azor, el gerifalte, el ferré, el gabilan y otras.

De los perros para la caza de montería ya habló Cicerón ponderando sus inclinaciones; Barton en su tratado *De re rustica* los distingue de los demás que sirven á otros usos; Ovidio determinó varias especies con sus propios nombres, y nuestro ilustre Coluvela al dividir todas las castas en tres clases, determina una con el nombre de caza.

Tanto la caza de montería como la de cetrería estuvieron en boga hasta el siglo XV, de lo que se halla constantemente memoria en muchas crónicas; pero como todas las otras costumbres de la edad media, murió al nacer la moderna civilizacion. Contribuyó sobradamente á ello lo comun que llegaron á hacerse las armas de fuego quitando gran valor á los perros y halcones; y aun no es esto lo principal, sino que repartiéndose más la propiedad, estendiéndose el cultivo y embando los montes en regimiento, se destruyeron los bosques y por consiguiente desaparecieron las fieras.

JOSÉ MARÍA PAULI.

LOS CABALLEROS DEL PEZ,

CUENTO POPULAR DEL REPERTORIO ANTIGUO.

Refundido por Fernán Caballero.

De Félix de Brillon, los más grandes
en el 1.º millero.

Asioma francés.

Erase una tierra en que hicieron tantos caminos de hierro, tantos canales y barcos de vapor, tantos globos aerostáticos, que los gentes llegaron á no andar nunca á pié, de lo que resultó una lac-

caroza general de todos los zapateros y remendones. — El equilibrio social es como el de la tierra: si por un lado viene la mar con sus grandes tragaderas y se engulle un terreno, por otro lado lo suelta; lo que tiene es que lo devuelve bien digerido y mas seco que un esparto. — Como hace el mar, había hecho la civilización al apoderarse de todas las vías de comunicación: había abandonado á los zapateros remendones, secos como esparto, á su triste suerte!

Uno de estos infelices víctimas de los locomotores, tiró indignado sus hormas al primer tren de wagoes que se echó á la caré; sus leonas al mas arrogante baró de vapor; su mandil al globo mas finchado; compró una lanchilla y una red y se metió á pescador. Cada vez que pasaba un vapor cerca de su velusta lanchilla, se ponía el dueño á cantar á gritos, apropiando al caso una ración de Arriaza.

En su lancha con valor
un remecador á sus solas,
toma la red á las olas,
asi hurlaba el vapor.
No pretendas, no, traidor,
que te doble la rodilla:
siempre será mi barquilla
mi solo locomotor.

Asi cantaba nuestro pescador; pero en cuanto á pescado, no cogía ninguno: su desahogado canto y las paletas de los vapores los ahuyentaban todos; y había en la mar tan pocos peces como en la tierra espantos rolos. El remendón pensó tirarse al mar de coraje, haciendo esta reflexión: — «si yo no puedo comer pescados, ellos me comerán á mí; véjase lo uno por lo otro.» — Pero la mar tenía aquel día tan mala cara, estaba tan verdi-negra, tan toscona y grosera en sus movimientos, que nuestro zapatero de viejo dilató su desesperado intento para mejor ocasión. Tornó á echar la red, y al suerta la sació pesada. — ¡Ola! pensó: ¡bien hice en diferir la zambullida! — Tiró la red y sacó de ella un pez de San Pedro.

Haremos aquí una reflexión: el campo de las reflexiones es un baldío: cada cual puede poseerse por él á su sabor, sin que nadie se lo estorbe. Tenemos un amigo íntimo que cada vez que salimos con una reflexión se pone á bostezar. Pero no nos intimida por eso: nuestra intrepidez en punto á reflexiones está á prueba de bostezo.

Ungúese el mencionado pescado por las gentes de mar de San Pedro, á causa de dos manchas redondas, negras, que como la impresión de los dedos del santo, conserva la especie desde el milagro de los panes y peces. — Si bien la etimología de este nombre no enseña en sí ningún devoto sentimiento religioso, ni tampoco una bella idea poética, como suele suceder en estas inspiraciones populares, prueba al menos una cosa, y es que los españoles que califican las sociedades bíblicas inglesas de ignorantes en materias religiosas, sacan de memoria el Santo Evangelio, y podrían ir á enseñárselo de viva voz á John Bull.

Volvamos á nuestro cuento. Conformé tuvo en su manó el remendón al hermoso pez, le dijo ésta (que por lo visto no era tan callado como suelen ser los de su especie): — «Llévame á tu casa; córtame en ocho pedazos, y guisame con sal y pimienta, canela y clavo, hojas de laurel y yerba-buena. Dale á comer dos pedazos á tu mujer; dos á tu yegua; dos á tu perro, y los dos otros los sembrarás en tu jardín.» — El remendón hizo al pie de la letra cuanto le dijo el pescador, tal fué la fé que le inspiraron sus palabras. De esto se deduce y confirma un hecho eminentemente antiparlamentario (barto sentimos no poder disimularlo), y es que los que hablan poco inspiran mas fé y confianza en sus palabras que los que hablan mucho. A los nueve meses parió su mujer dos niños, su yegua dos potros, su perro dos cachorros, y en el jardín nacieron dos lanzas que por ser llevaban dos escudos, en los que se veía un pez de plata en campo azul. Medró todo esto en amor y compañía maravillosamente, de manera que andando el tiempo salieron de en casa del remendón dos gallardos ginetes montados sobre dos soberbios corceles, seguidos de dos valientes zahuesos, con dos erguidas lanzas y dos brillantes escudos. — Eran los hermanos tan en extremo parecidos, que dieron en llamados *el caballero doble*, y queriendo cada cual, como era justo, conservar su individualidad, determinaron separarse y campar cada uno por su respeto, por lo que, después de abrazarse estrechamente, dirigieronse el uno al Poniente y el otro á Levante.

Después de unos días de marcha llegó el primero á Madrid, y halló á la coronada villa mezclando los amargos aguas de sus lágrimas con las puras y dulces de su querido Manzanares. Todo el mundo lo echó, hasta la Marchalana de la Puerta del Sol. Nuestro bello mozo preguntó cuál era la causa de aquella desolación, y supo que todos los años, un fiero dragón, hijo de una infernal vieja, se llevaba una bella jóven, y que aquel año infuusto había tocado la suerte á la

princesa, buena y bella sin segunda, hija del rey. — Preguntó en seguida el caballero donde se hallaba la princesa, y le contestaron que á un cuarto de legua de distancia esperaba á la fiera, que aparecía al caer las doce, para llevarse su presa. Fué el caballero á cerciorarse al punto indicado, y halló á la princesa hecha un mar de lágrimas y temblando de piés á cabeza.

— ¡Huid! gritó la princesa al caballero del pez cuando lo vio llegar; ¡huid, temerario, que vá á venir el monstruo, y si os vé sobre de vos!

— No me irá, contestó el bizarro caballero, porque he venido á salvaros.

— ¿Salvarme? ¿cómo; si esto no es posible?

— Allí veremos, contestó el valiente campeon: ¿hay aqui alemanes?

— Si, señor, respondió con extrañeza la princesa; ¿á qué es esa pregunta?

— Va lo sabreis.

Y echando á escape su caballo partió para la desolada villa, volviendo á breves instantes con un inmenso espejo que había comprado en una tienda de aleman. Apoyólo contra el tronco de un árbol, lo cubrió con el velo de la princesa, puso á ésta delante, advirtiéndole que cuando estuviese cerca la fiera descorriese el velo y se escondiese tras el espejo; dicho lo cual hizo él otro tanto detrás de un vallado cercano.

No tardó en aparecer el fiero dragón y en acercarse lentamente á aquella beldad, mirándola con tal insolencia y tal desdoro, que solo le faltaba el lente para igualar á otros culcbromes menos temibles que él. Cuando ya estaba cerca, la princesa, según le había prescrito el caballero del pez, descorrió el velo y pasando detrás del espejo desapareció á las enamorados ojos del fiero dragón que quedó estupefacto al hallar dirigidas sus amorosas miradas á un dragón como él. Prounció el gesto. — Su igual hizo lo mismo. — Sus ojos se pusieron rojos y brillantes como dos rubis — no se quedaron en vago las de su contrario que se pusieron como dos carbómelos. — Aumentóse con esto su furor y herizó sus escamas como un puercó espín sus peñas — las del otro dragón hicieron otro tanto. — Abrió una tremenda boca, que hubiese sido única en su especie á no haber sido porque el empujado, lejos de intimidarse abrió otra idéntica. — Furioso se abanzó el dragón contra su intrépido contrario, dándose tal colamechazo en la cabeza contra la luna, que quedó aturdido, y como había roto el espejo, y en cada pedazo vió una de las partes de su cuerpo, infirió de esto que con el golpe se había hecho él mismo pedazos. — Aprovechó el caballero este momento de mareo físico y asombro moral, y saliendo instantáneamente de su escondite con su fiel perro y su buena lanza le quitó la vida, y le hubiese quitado ciento que hubiera tenido.

Déjase pensar el júbilo y algazara de los madrileños, que son gente alegre, cuando vieron llegar al caballero del pez trayendo á anexa á la princesa mas contenta que unas pasenas y al dragón atado á la cola del brioso corcel, que tiraba de él un ancho y donoso, como si hubiese sido la cola de un manto de una óden de caballería.

Colectárase tambien que tal luzas no se podía pagar al caballero del pez sino con la blanca mano de la princesa; que hubo boda, que hubo banquete, que hubo toros y cañas y que yo sé y vino y no me dieron nada.

Vamos ahora á que el esposo le dijo á la esposa algunos dias después de casados, que quería ver todo el palacio que era tan grande que ocupaba una legua de terreno. — Hécese así, y echaron tres dias en verla. — Al cuarto subieron á las azoteas. — El caballero se quedó admirado; qué vista, amigo! jamás has visto tú una igual ni yo tampoco. — Se veía toda España y hasta los moros, y al emperador de Marruecos que estaba llorando por el dragón su amigo.

— ¿Qué castillo es aquel, preguntó el caballero del pez, que se vé allí á lo lejos tan solo y tan sombrío?

— Ese es, respondió la princesa, el castillo de Albatroz, el que está encantado, sin que nadie pueda deshacer el hechizo, y ninguno de los que lo han intentado ha vuelto de allí.

El caballero calló al oír estas razones: pero como era valiente y emprendedor, á la mañana siguiente, sin que lo sintiese la tierra, montó su corcel, cogió su lanza, llamó á su zahueso y se encaminó hácia el castillo.

Estaba el tal castillo que daba espólozes mirarlo. — Mas sombrío que una noche de truenos, mas engelsado que un facineroso y mas callado que un difunto. Pero el caballero del pez no conocía el miedo sino de oídas, y no volvía la espalda sino á los enemigos vencidos: así pues tomó su corneta ó clarín y tocó una sonata.

Al toque despertaron todos los dormidos ecos del castillo y de las peñas, que repitieron en coro, ya mas cerca ya mas lejos, ya mas suave ya mas buero, los sonidos de la sonata — pero en el castillo nadie se movió.

— Ah del castillo! — gritó el caballero. — ¿No hay quien atienda á un

caballero que pide albergue? ¿No tiene este castillo alcáide, escudero, anciano, ni paje moralvete?

¡Vete!—¡vete!—¡vete!—dijeron los ecos.

—¿Que me vaya?—dijo el caballero del pez. ¡Yo no retrocedo en mis empresas por cuanto hay!

¡Ay!—¡ay!—¡ay!—gimieron los ecos.

El caballero empuñó su lanza y dió un fuerte golpe contra la puerta.

Abrióse entonces el rastrillo y asomóse la punta de una larga nariz que zambaleaba sus reales entre los hundidos ojos y la hundida boca de una vieja más fea que el mengue.

—¿Qué se ofrece, imprudente alborotador? preguntó con voz cascada.

—Entrar, contestó el caballero. ¿No puedo acaso gozar aquí algun descenso en esta tarde de esto? Sí ó no.

No—no—no—dijeron los ecos.

Habia levantado el caballero su visera porque era fuerte el calor; y al verlo la vieja tan bien parecido, le dijo:

—Pasad adelante, bello doncel, que seréis atendido y bien cuidado.

¡Cuidado!—¡cuidado!—advirtieron los ecos.

Pero el caballero entró diciendo: yo no temo sino á Dios.

¡Adios!—¡adios!—¡adios!—suspiraron los ecos.

—Vamos, madre anciana.....

—Me llamo doña Berberisca, interrumpió la vieja, muy amostazada, al caballero; y soy señora de Albatroz.

—¡Atroz! ¡atroz! le gritaron los ecos.

—¿Queréis callar, malditos voelngleros? exclamó con coraje doña Berberisca; soy vuestra servidora, prosiguió haciendo una cortesía á la francesa al caballero; y si queréis seré vuestra esposa, y vivireis conmigo aquí como un bajá.

¡Ja!—¡ja!—¡ja!—¡ja!—rieron los ecos. —¿Que me case con vos, que tenéis cien años?—Esta es loca, y tonta también.

Bien—bien—dijeron los ecos.

—Lo que quiero, prosiguió el caballero es registrar el castillo é irme despues que haga ese examen.

¡Amen!—¡amen!—suspiraron en latin los ecos. Doña Berberisca, picada hasta el corazon, echó una torva mirada al caballero del pez, é intimándole que la siguiese le enseñó todo el castillo en el que vió muchas cosas; pero no las pudo referir porque la pícara Berberisca lo llevó por un callejón oscuro en que habia una trampa, en la que cayó y desapareció en un abismo, y su voz se fué con los ecos, que eran las voces de otros muchos bizarros y complidos caballeros, que la pícara Berberisca habia castigado de la misma manera por haber despreciado sus venerables hechizos.

Vamos ahora al otro caballero del pez que habia seguido viajando y que vino á parar á Madrid. —Al entrar por las puertas de esta corte, los soldados se formaron, los tambores batieron marcha real y muchos criados de palacio le rodearon diciéndole que la princesa se deshacía en lágrimas al ver lo que se habia prolongado su ausencia, temiendo le hubiese acaecido alguna desgracia en el maldito castillo encantado de Albatroz.

—Preciso es, pensó el caballero, que me tengan por mi hermano, á quien parece que tan buena suerte ha caído—callemos, y vamos en qué vienen á parar estas misas.

Llevaronlo casi en triunfo al palacio, y fácil es hacerse cargo de los carinos y obsequios de que fué objeto por parte del rey y de la princesa. —¿Con que fuiste al castillo?—preguntaba este.

—Sí—sí—contestaba.

—¿Y qué viste?

—No me es permitido decir una palabra sobre ello hasta que vuelva allá otra vez.

—¿Piensas acaso volver á ese maldito castillo, tú único y solo que jamás haya vuelto de él?

—¡Me precisa!

Cuando se fueron á acostar, pasó el caballero su espada en la cama.

—¿Por qué haces eso? preguntó la princesa.

—Porque he hecho promesa de no acostarme en cama hasta que vuelva otra vez de Albatroz.—y al día siguiente montó su brido y se encaminó hácia el castillo encantado, temiendo que alguna desgracia le hubiese acaecido á su hermano.

Lanzó al castillo y se asomaron luego al rastrillo las fieras narices de la vieja, que parecia un pez caparín.—Pero apenas hubo visto la vieja al caballero, cuando sus narices se pusieron lividas, porque le pareció que los muertos resucitaban y hoyó invocando al objeto de su devoción, Belzebut, haciéndole promesa de comer cuantas peras y manzanas le presentase si le libertaba de aquella vision de carne y hueso salido de la mansión de los muertos.

—Señora senectud, le gritaba el recién llegado. ¿No ha venido por acá un caballero que viste así?

—Sí—sí—sí—respondieron los ecos.

—Y qué habais hecho con ese caballero tan cumplido, tan respetado?

¡Matado!—¡matado!—gimieron los ecos. Al oír esto y al ver á la vieja que huía, el caballero del pez no fué dueño de sí, corrió tras ella y la alcanzó con su espada de parte á parte quedándose sujetos en la espada, y como hacia mucho viento y era la vieja muy delgada y ligera se puso á girar dando vueltas en la punta de la espada como un cohete volador.

—¿Dónde está mi hermano, vieja truidora y falaz, hechicera del diablo?—preguntaba el caballero.

—Yo os lo diré, respondió la bruja; pero como voy á morir y estoy mareada de las vueltas que doy mal mi grado, no lo diré, hasta que me hayais resucitado.

—¿Y cómo he de hacer yo ese mal milagro, pérdida bruja!

—Id al jardín, respondió la vieja. Cortad siemprevivas, eternas, mozo de pavo, y sangre de dragon; haced con estas flores un cocimiento en la caldera, preparad con él un baño en el que me metereis—y haciendo esto la vieja, se murió sin decir Jesus.

Hizo el caballero todo como se lo habia prescrito la bruja, la que efectivamente resucitó, y como sus narices, que no cupieron en el caldero, se quedaron muertas y tan blancas que parecían un colmillo de elefante.—Dijote entonces al caballero dónde estaba su hermano. Bajó al abismo, en que halló á éste y otras muchas víctimas de la pícara Berberisca, y las fué metiendo una tras otra en el caldero, y todos iban resucitando, y conforme resucitaban venía alegre el eco que era su voz, tomando posesion de sus gargantas, y lo primero que decían era: —¡maldita vieja! ¡Berberisca sin piedad! ¡malvada sin entrañas!—Lo que hizo con estos hidalgos, hizo el caballero con muchas bellas jóvenes que se habia llevado el Dragon, que era hijo de la vieja, y cada cual de ellas daba gracias al caballero del pez, y su mano á uno de los hidalgos resucitados; y la pícara Berberisca, al ver esto, se acabó de morir de envidia y de coraje. Marcháronse en seguida todos á Madrid, donde fué tal la alegría general al verlos llegar, que todos los madrileños se pusieron á bailar un galop en amor y compañía, sin distincion de categorías ni de opiniones, sacando á bailar con mucha atención el *Heraldo* á la Nación, el *Clamor* á la España, el *Pueblo* á la Época, el *Popular* á la Esperanza; porque la pícara vieja que se murió de rabia era la discordia, y el dragon que mató nuestro héroe, hijo de ella, era la guerra civil.

Era de ver con qué noble y cariñoso impetu arrastraba el *Clamor* en sus brazos á la España, que llena de pudor y de decoro se sonrojaba y sonreía aristocráticamente. —Con qué furor terpsicóreas no revoloteaban unidos como la Fuoco y la Guy el *Heraldo* y la Nación! ¡Qué vueltas tan simultáneas y áirosas daban el *Popular* y la Esperanza, el *Pueblo* y la Época! ¡Qué cortesías á la francesa hacia la Patria el *Católico*, que correspondía á la fineza ofreciéndole un polvo de rapé!—Al ver este encantador espectáculo, los ingleses abrieron los ojos y la boca más de lo necesario para estar bunitos. —Los franceses, llenos de envidia, exclamaron: ¡está meravigliabile!—Los prusianos se entusiasmaron tanto, que se liberaron sus rubios bigotes de negro para parecerse á los españoles.—El Austria, de gozo y simpatía dió un abrazo al gran Turco. —Minerva, que vió su culto olvidado y desatendido en Europa, renacer bajo los auspicios del de Terpsicore, declaró á los españoles sus hijos predilectos, y colorin colorado, cate V. mi cuento acabado.

CUARTEL DE INVALIDOS EN PARIS.

Este edificio magnífico, situado en la orilla izquierda del Sena, fué fundado por Luis XIV. El 50 de Noviembre de 1670 se empezaron los cimientos. En 1674 estaba ya el edificio en estado de habitación por los soldados y oficiales. En 1675 se empezó la construcción de la iglesia, pero esta y la media naranja no fueron concluidas sino despues de 50 años de trabajos. Liberal Bruant hizo los planos de la iglesia y del cuartel, y Julio Hardoin Mansard continuó los trabajos é hizo tan solo el plano ó dibujo de la media naranja. La aguja que termina la media naranja está á 325 pies de elevación. Allí existe un sepulcro de Yvonne y una cúpula pintada por Carlos Delafosse, cuyo diámetro es de 50 pies.

Esta media naranja era dorada antes, y ofrecía á la vista del viajero atónito un aspecto admirable, pero, como sucede con todos los adornos de esta clase, la vestidura espléndente de la media naranja ha tenido que ceder á los efectos destructores de la intemperie. Hoy sólo ofrece á los ojos de los curiosos una masa sombría y oscura que parece estar en armonía con las glorias pasadas cuyas hérrólicas cenizas encierra y protege.



Cuartel de inválidos en Paris.

El cuartel de Inválidos y sus dependencias ocupan una superficie de 49,000 toesas próximamente. La fachada tiene 100 toesas de estension; está dividida en cuatro pisos y tiene 133 ventanas.

Dos salas estan adornadas con los retratos de cuerpo entero de los mariscales de Francia. En el pabellon del centro hay una biblioteca de unos 20,000 volúmenes, y en las habitaciones de la derecha los modelos en relieve de las principales plazas fuertes de Francia. El cuartel de Inválidos está destinado á recibir 7,000 defensores antiguos de la patria. Entre estos veteranos de la gloria se vé uno de mirada enérgica y penetrante, cuerpo recto y erguido y aire marcial, que tiene mas de 100 años; este resto, el mas anciano de los antiguos combates, nació en el reinado de Luis XV y ha visto nueve reinados diferentes.

La cúpula estaba adornada antes de la restauracion con 1,400 banderas cogidas en los campos de batalla. El mariscal Serrurier las hizo quemar y echarlas al Sena, pero sus restos fueron recogidos y conservados cuidadosamente por franceses dignos de este nombre, y entregados al gobierno en 1824. Se debía haber elevado un monumento para recibir en su seno estas reliquias gloriosas, pero no se ha pensado siquiera en ello hasta ahora.

La parte mas notable de este edificio y la que los curiosos visitan efectivamente con mas interés, es el sepulcro del emperador Napoleon. Pronto se va á erigir en el centro de la capilla y debajo de la cúpula un mausoleo de proporciones gigantescas para encerrar estas cenizas ilustres.

Todos los planos y dibujos están ya concluidos, y se ha traído con grandes gastos de Finlandia un monolito enorme destinado á servir de basamento al mausoleo.

Este monolito cuya descripcion pomposa han hecho algunos periódicos franceses como el ejemplar mas hermoso de granito rojo que se haya conocido y mencionado en los anales de la mineralogía, no es, segun la opinion del sábio cuanto irónico M. Francisco Arago, sino un trozo de asperon rojo que no difiere de los que se hallan en el bosque de Fontainebleau mas que en el color. Llega hasta el extremo de suponer que dividido en cubos de 20 céntime-

tros no produciria mejores adoquines que los que forman el empedrado famoso de las cenagosas calles de Paris. Sin embargo, creemos que no se debe mirar con tanto desprecio aquel producto de Finlandia, porque es muy parecido por su calidad, y de mas volumen aun que el celebrado trozo en que descansa la estatua ecuestre de Pedro el Grande en san Petersburgo.

Lo que ha bastado para Pedro el Grande creemos que podrá ser suficiente tambien para Napoleon, sin que por ello padezca el orgullo nacional de los franceses.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Desesperábase Sotopardo en su pabellon de *Sancti-Petri*, y llevaba ya hechas hasta media docena de solicitudes, la mas moderada de las cuales sobraba para que, en vez de la licencia absoluta que pretendia, le mandase el Ministro de la Guerra por lo menos á las islas Marianas, cuando el teniente Betanzos, obteniendo bajo cualquier pretexto una licencia de sus gefes, ó mas bien casi incitándole á ello el benévolo Capitan General, corrió á referir á su capitan con lágrimas en los ojos y angustia en el pecho, la terrible desdicha ocurrida á la Condesa.

La constitucion de don Carlos era de hierro, como vulgarmente se dice, pero Laura fué su primer y único amor sincero y profundo; pero Laura solo á él se habia rendido; pero Laura era bella, jóven, apasionada, y por él acababa de perder poscion, riquezas, libertad

y honra ¡Qué mucho, pues, que ante tamaña desdicha flaquease su corazón y su fibra sumbiese? Produjo la fatal nueva en su ánimo el efecto de no rayo; secolpóse la sangre toda á la cabeza, y rayó, para decirlo de una vez, postrado al rigor de una fiebre inflamatoria, que por de pronto le condujo al borde del sepulcro, y que en mas de un año no le permitió salir del castillo, aunque el arresto le fué levantado seis meses antes, es decir, á poca de haber el infeliz Conde sucumbido al peso de su acerbo disgusto.

Bastanzas, gracias siempre á la oculta pero eficaz protección que el Capitán General dispensaba á Sotopardo, obtuvo la gracia de asistirle en el castillo durante su enfermedad y convalecencia; y es indudable que sin la esmerada solicitud, sin los juiciosos consejos de aquel excelente compañero, difícilmente hubiera don Carlos salvado la vida.

Apenas en disposición de disfrutar de su libertad, y enterado sobre entonces de que Laura era viuda y por tanto libre, don Carlos escribió á su amada, cuya residencia en el monasterio todo el mundo conocia, pidiéndole su mano y ofreciéndole toda una vida de amor y respeto, en espianción de los disgustos que hasta entonces le habia causado.

El momento de recibir aquel escrito fué para la desdichada Condesa el solo instante de felicidad que desde el funesto baile le concedió la suerte: tan clara prueba, en efecto, de que no solo era amada sino además estimada, no podía menos de ser un bálsamo consolador para las llagas de su corazón. ¡Me juzga digna de darme su nombre, de confirmarme su honor! ¡Alma noble y generosa! ¡Ya que de mi culpa deha arrepentirme, no al menos de la elección que hice; espero no será yo lo que abuse de tus caballerescos sentimientos, no. Laura deshonrada á los ojos del mundo; Laura que ha asejado su conducta á un venerable anciano, que de la miseria se elevó para elevarla á la más alta posición social, se indigna de ser esposa del noble, del caballero por excelencia don Carlos de Sotopardo. Los contados días que de vida le restan, debe consagrarlos Laura, y los consagrará, á la penitencia, al llanto, al arrepentimiento, á implorar de la bondad divina el perdón de sus culpas, y la felicidad de su alárce.

La desgracia, como se vé, habia obrado en la Condesa una sorprendente melancolía. ¿Quién conoció en la religiosa — porque al verla la muerte de la muerte de su marido tomó el hábito de novicia — quién conoció, repetimos, en la espuñita de tosca sayal vestida, manchado el rostro, livida la entor, apagado el fuego de los ojos, soncadas las mejillas por el ardiente continuo llanto, á la bella, lezana, aristocrática, triunfadora dama, reina y señora en Sevilla de todos los corazones? ¡Terrible y saludable lección pudiera ser para muchas, la de considerar como arabas, y no del peor modo posible, los extravíos de una sociedad que se llama alta porque es corrupta! Pero ¿quién se acuerda de la muerte cuando la vida comienza?

Laura, en resumen, contestó á la carta de Sotopardo con otra tan sencilla, tan melancólica; tan tierna y apasionada al mismo tiempo, que el pobre enamorado creyó perder el juicio al leerla. Mas su resolución de permanecer en el convento, y profesar en su religión que Laura le aconsejaba, volvió que era tan honda y sincera, que en vano fuera intentar dinarla de ella. Resignóse, pues, don Carlos, y pretendió solo, aunque tambien vanamente, ver todavía una vez á la que idolatraba: «No (le escribió Laura); no, Carlos, no podemos vernos: olvidáramos á Dios fácilmente, porque cuando así arrepentimiento no fuese tan sincero y doloroso, como lo es en realidad, gracias al cielo, la vergüenza sola bastaria para que jamás nos distésemos de mi irrevocable resolución de terminar la vida en el claustro. Olvidame, si puedes, ó conserva mi recuerdo como el de un fugitivo enemigo: tu Laura, la que amaba, la que te sedujo por su belleza y juveniles atractivos, ya no existe, se desvaneció como las poéticas fantasmas de tu imaginación ardiente. La que hoy te escribe es una desdichada que viste el áspero cilicio, consumida mas por el dolor que por el ayuno, y que lleva ya clavado en el pecho el aguijal que ha de terminar sus dias. — Felicítame, Carlos: mi suplicio no será largo; estoy ática, y en vano con mal entendida caridad, pretenden aquí todos acollármelo: estoy ática, y antes de dos años habré comparcido en presencia del juez supremo. ¿Quieres que vea la pesada carga de mis culpas, no empleé siquiera el poco tiempo que me resta en prepararme para responder de ellas; de la vida del Conde, y de tu propia desdicha? — No, Carlos, no: tú que eres bueno y generoso, no puedes querer que á una existencia tan dolorosa como la mía, siga una eternidad mas cruel todavía. — Olvidame, pues; déjame llorar en paz, si olvidarme no puedes; y cree que mi último acento será tu nombre, porque solo de haberlo amado, no acierto á arrepentirme.»

¡Olvidarla! No era menos que entonces: si Laura en el ímpetu de la sacra tentura le pareció seductora, Laura con el cilicio, y arras-

trándose en el polvo, y previendo á sangre fría su próxima muerte, y llorando su flaqueza sin renegar de su amor, se mostraba á sus ojos y era, en efecto, sublime: pero Laura tenía razon; la nobleza ingéñita de los sentimientos de Sotopardo, impulsó silencio hasta á sus quejas, y comprendiendo que no le era fácil interponerse, como el ángel de la muerte, entre la pécadora arrepentida y la misericordia del Hacedor supremo, aceptó en silencio su parte de aquel caliz de amargura.

Solo se permitió acudir á Inés, la hermana de la Condesa en Moron casada, que apenas tuvo noticia de las desgracias de Laura se habia apresurado á verla y consolarla, para que ella dijese á la víctima que tambien su cómplice gemia, que tambien él y para siempre renunciaba al amor y sus delicias. Cumplió Inés fidelísimamente tan fríste encargo, y por su conducto recibió Sotopardo la última prueba del amor de Laura, su magnífico cabello de que fué despojada al pronunciar en el templo sus definitivos votos. Depositada á quella prenda de un amor feliz, en un magnífico estuche, fué inseparable compañera del desdichado don Carlos el malo, hasta el día de su muerte.

Al ocurrir la de Laura, hubo un momento de recrudescencia en las penas de don Carlos: pero como la sublimidad del arrepentimiento de su amada habia, por decirlo así, inoculado al amante, en breve degeneró su dolor en una melancolía profunda, pero resignada, de la qual jamás curó, ni curar quiso nuestro Brigadier completamente.

Volvamos ahora, que ya dimos fin á la fríste historia de los amores de la condesa de san Justo, á tomar las cosas en el punto mismo en que las dejamos al salir de Sevilla Sotopardo.

La paliza, la palabra es vulgar y cruda, pero la única propia en tal caso, la paliza, pues, por Almazan recibida, fué tan de mano airada, tan solemne, tan pública, que en primer lugar, costó al paciente ocho dias de cama, y un consumo de estopas y aguardiente para curarse mas que razonable. En segundo lugar, y no sabemos qué es pape am para un mensajero como el comandante, Sevilla entera dió en llamarle el apalado; y la oficialidad de su regimiento, desde el coronel hasta el último alférez inclusive, resolvió unánime y lo verificó, en efecto, presentarse al Capitan General á declararle que, no permitiendo el decoro de su cuerpo ni el de cada oficial en particular, que continuaban sirviendo con un miserable de tal especie, suplicaban á S. M. ó que á Almazan separase del servicio, ó que se dignara admitirles á todos sus despachos que á entregar estaban pronto.

La cosa era gráve, pero no absolutamente peregrina: la oficialidad española, ni aun en los tiempos del mas descañado absolutismo, ha consentido nunca en alternar con hombres sin honra; y nosotros hemos visto durante los famosos diez años cejar alguna vez la prepotencia de generales y aun de ministros, ante la actitud firme, si bien subordinada, de oficiales pundonorosos, resueltos á todo menos á degradarse.

El Capitan General, pues, que ya desde el instante en que tuvo conocimiento de aquel desdichado lance, habia dispuesto que el apalado achesse provisionalmente de Sevilla, contestó al coronel del regimiento, en presencia de toda la oficialidad — que como militar y caballero no podia menos de simpatizar con los honrados sentimientos del cuerpo; que él tampoco se prestaría nunca á alternar con un jefe sin pundonor; que en fin, en el fondo, su solicitud era justa; pero que la forma le parecia exagerada y cuando menos prematura. Ya su autoridad habia puesto lo ocurrido en conocimiento del Rey, por la vía reservada del ministerio de la Guerra, y solicitado la separación del comandante, sin perjuicio del castigo que en interés de la subordinación era indispensable imponer al capitán Sotopardo. ¿A qué, pues, ofrecer los reales despachos? ¿Quién mas interesado que S. M. en el decoro de sus oficiales del ejército?

A tales razones respondió el Coronel, que la oficialidad no habia dudado ni un solo instante de la rectitud y acertadas providencias de S. E.; y que estaba con mucho mas lejos de osar tanto que á las edictas órdenes del Rey pretendiese adelantarse, pero que en interés del cuerpo no habia podido menos de dar aquel paso, del cual la prudencia del General baxó el uso que estimese oportuno.

Conciliados así todos los estremos, quedó Almazan irrevocablemente condenado por el momento, y tanto que á vuelta de correo se recibió real orden separándole del servicio activo, prohibiéndole residir en la Corte, sitios reales, y treinta leguas en contorno, y confinándole á Badajoz. Con respecto á Sotopardo, gracias, en primer lugar á los buenos oficios del Capitan general, y á influencias ocultas que espontáneamente trabajaron á su favor en la corte, limitóse el castigo á imponerle seis meses de prision en Sancti-Petri, y á que á su término quedase tambien separado del servicio activo, hasta que con su buena conducta, se hiciese de nuevo digno de ingresar en las filas del ejército.

Permítanos el lector que insistamos en que fué don Carlos mas que blandamente tratado, pues segun las leyes penales del ejército,

curado la cabeza salvase, debió de costarle el empleo y algunos años de presidio el atentado de apalear á un oficial superior en graduación á él, y además gela en su propio cuerpo.

¿Y Mendoza, preguntará alguno, cómo se condujo en aquel suceso? Como á su mujer lo plugo, le contestaremos; porque el menguado no tenía voluntad propia.

Matilde no amaba á Almazán, pero si veía en él un cómplice ya en la pérdida infame de su desdichada hermana, y un hombre además por su hajeza y cobardía tan á propósito para secundarla en sus torpes habituales intrigas, como capaz de perderla, quitándole la máscara el día en que se presumiese abandonado.

Así que, por interés y por cálculo á un tiempo mismo, resolvió verle fiel en tan crítica ocasión; y para empezar era preciso que Mendoza no tomase parte en la cruzada universal contra el apaleado, y eso sin comprometerse tampoco personalmente.

Difícil parecía conciliar tales extremos, mas, como Matilde no era mujer que se ahogaba en poca agua, supo conciliarlos sencillamente, haciendo que su marido, flagrándose enfermo, se metiera en la cama, y se diese de baja para todo servicio el día mismo de la paliza por Almazán recibida. Un médico complaciente, de los que nunca les faltan á las mujeres bonitas, apoyó utilísimamente aquel engaño, diciendo día y noche desde el campo de Tablada hasta la Campana, que Mendoza padecía un *Tiphus* horrible y *contagioso*, con lo cual los curiosos limitábanse á llegar á su puerta, sin pretender siquiera la entrada.

Los capitanes del regimiento, sin embargo, diputaron á uno de ellos para que fuese á comunicarle lo resuelto; pero Matilde, revisiéndose de una armadura á prueba de bomba, de amor conyugal, deberes de esposa, etc. etc., defendió la puerta del cuarto de su marido, como el dragon de la Biblia el Jardín de las Hespérides, y aun con mejor fortuna, pues no halló un Hércules que la venciese. Sotopardo estaba preso.

Entre tanto un agente, sin duda tan hábil como poderoso, y sobre todo activo, consiguió en Madrid y remitió á Sevilla á correo tirado, una real licencia por un año para que el capitán Mendoza pasase á *restablecer su salud* al punto que mejor le conviniere, luciese la Corte, y apenas recibida la orden desapareció el matrimonio de Sevilla, sin ver á nadie, sin anunciar su partida á alma viviente, fuera de Almazán, mal hecho aun por sus dolores, aunque con menos honrados pensamientos que el ingenioso bidalgo manchego en el carananchon de la venta, después de habérselas habido con el moro encantado en forma de erriero.

Madrid fué el punto que para restablecer la *excelente salud* de Mendoza escogió Matilde; y ya que en la Corte estamos de vuelta después de nuestra larga excursión á Sevilla, quizá no les pese á los lectores que averiguemos la vida y paradero de Milagros y conserjes, á quienes al salir nosotros de la coronada heroica villa dejamos abandonados á su suerte.

Para Milagros la pérdida de Sotopardo fué lo que para el avaro la de su última moneda. Cuando á una mujer jóven se le vá un amante, por amado que sea, el amor propio queda á salvo, el reemplazo es posible, la venganza fácil, tómese ó no se tome: mas para la jamona, y sobre todo para la jamona en su postrer periodo, la infidelidad ó la ausencia del objeto de sus últimas ilusiones es la muerte social, y muerte como la del paralítico, que, por decirlo así, se sobrevive á sí mismo. Quedale á la infeliz ese plazo tan breve como angustioso, en que agostándose los ya maduros encantos de su otoño, progresa el hiel de la vejez, como la marea, sensiblemente; y entonces cada día es una congoja, cada cana una herida, cada arruga una afrenta. Por eso se aferra la jamona desesperadamente á su último galán, por eso suele ser hasta feroz en sus postreros amores.

Milagros, sin embargo, no desmintió el resto de su vida en tan crítica ocasión: impasible en las apariencias, aunque en realidad volcánica, resignose á la marcha de Sotopardo á Sevilla; y si, cuando Matilde le esentó los amores con Laura del seductor capitán, destrozaron su alma los celos, consolose con la no quimérica esperanza de que estando su hija en la ciudad reina del Guadalquivir, taros pagarian algunos momentos de efimera felicidad la Condesa y su favorecido galán.

Entre tanto, al abrigo de la protección del reverendo fraile que conocemos de oídas á lo menos, de acuerdo y á medias con él, constituyese en agente de negocios, especulando, ya se dijo, tanto con la gracia como con la justicia, ó mas propiamente dicha, con el honor y la injusticia. Milagros los hacia tales, que por lo prodigioso bien pudiera servirle en su día para canonizarse: ya el reo convicto era absuelto; ya el pleito infame se ganaba; ora el ahogado de bobardillo se convertía en corredor; ora el comerciante quebrado en intendente. El ídolo una línea pretendiente obtenía para su sexagenario esposo un destino en América; á condición de dejarla á ella en la corte; y el

mártir un marido celoso alcanzaba el destierro de algun galán importante, sin más delito que el de sus pocos años y muchas gracias.

Impasible en los negocios, como al comerciante conviene, la gitana no tenía mas criterio para juzgar de si eran buenos ó malos, que el interés que de ellos reportar podía. «Tantos pesos que dar, tantos obañánculos que vender, y tantas influencias que conquistar, valen tanto dinero. ¿Me lo dan? Trabajo. ¿No me lo dan? Me estoy quieta, ó obro en sentido contrario al que se desea.» Tal era su fórmula invariable.

Así, mientras en Sevilla ocurrían los referidos sucesos, Milagros, prosperando rápidamente, era ya casi rica, vivía con independencia, comodidad y hasta lujo, y comenzaba á figurar en la sociedad madrileña, bajo el supuesto nombre de la baronesa de Ramasco. Entonces, como ahora, al que vive, gusta, y triunfa, pocas personas en Madrid se tomaban el trabajo de averiguarle la alcorno.

En tal estado se encontraba cuando á Madrid regresaron Mendoza y Matilde.

Ni la madre ni la hija deseaban mucho reunirse, pero en cambio tampoco enemistarse abiertamente: Milagros necesitaba que Matilde no revelase los sucios misterios de su vida pasada y presente; Matilde que Milagros callara tambien en cuanto á ella, y sobre todo que no destruyera su posición social. Así, pues, de comun acuerdo vivieron separadas, viéndose con frecuencia, pero de ceremonia, y ocultando su íntimo parentesco; á lo cual Mendoza se prestó tanta mas fácilmente, cuanto que, á pesar de su ceguera por Matilde, ser yerno de una gitana no era lo que mas podía honrarle.

Casi es inútil consignar aquí que Milagros fué la secreta influencia que templó los rigores del gobierno para con Sotopardo, y eso no solo por tierra reminiscencia, sino por armarse para lo futuro con aquel servicio importante, pues el Capitán era hombre agradecido, y la madre de Matilde mugee que no renunciaba facilmente á sus proyectos.

Tampoco la mujer de Mendoza estaba, ni mucho menos, curada de su afecto á don Carlos; y con todas las esperanzas que legitimamente debían inspirarla su juventud, belleza y habilidad, aspiraba á recoger la herencia de la hermana á quien traicionariamente habia inmolado. Por consiguiente, aprobó con callar, la conducta de su madre; y en vez de apresurarse á terminar los negocios de su marido, dióles largas, en la prevision de que mas tarde ó mas temprano habia Sotopardo de pasar en la corte.

Por residir en ella pugnaba Almazán, escribiendo á su amada carta sobre carta, mas enternecedoramente Matilde con buenas palabras, sin perjuicio de lograr que se diese orden á las autoridades de Badajoz, punto de la residencia del comandante, para que vigilándole muy de cerca, no le permitiesen de ningún modo salir de aquella capital de Estremadura.

XVI.

Ir por lana, etc.

No era solo Almazán quien vanamente importunaba á su amada para que le consiguiese el permiso de residir en la corte: don Fadrique de Vargas, proscrito ya, no solamente como afrancesado, sino además como tahur de profesion, mas que sospechado de falsificación de letras, y lo que entonces era peor, como agente subalterno de una conspiracion, cierta ó falsamente supuesta, contra la vida del rey Fernando VII: don Fadrique de Vargas decimos aspiraba sin embargo á regresar á Madrid, ó á que Milagros en la emigracion se le reuniese.

«Lo primero, decía en una de sus cartas, comprendo que sea difícil, aunque no imposible para la mujer hábil que ha sabido enlazar á nuestra hija con un hombre de buena familia, rico y capitán, á pesar de la bastarda que mancha su cuna, y de las aventuras tan tanto arriesgadas de su primera edad. Tú, Milagros, te has hecho induyente y rica desde que yo, por tí principalmente apedido, desciendo rápidamente á los mas hondos abismos de la pobreza y de la degradacion: justo será que bagas ahora por mí algo de lo mucho que yo hice por tí, cuando tú eras la pobre gitana predestinada al lupanar y á la galera, y yo el Magistrado noble, rico y de enviable fama.—La mezquina pensión que me has señalado hasta apenas para sobrevivir á mis primeras necesidades: por cierto que ayer perdí el juego el trimestre que acabas de empezar, y es preciso que á vuelta de correo vuelvas á liberarme sin importe.» Mas aparte de todas esas consideraciones, y renunciando como te reconozco por la más infernal de las hembras de la especie humana, ya sabes que eres, como has sido siempre, mi único, mi inextinguible amor. Te sacrificué á mi mujer, como te he sacrificado mi honor; por tí he abandonado á mis dos hijas; á la tuya he con-

«sentido que ahora inole á una de ellas — porque estoy seguro que Matilde es quien ha asesinado á Laura — por tí estoy pronto á renunciar á ella. — Trata, pues, á de que yo vaya pronto á tu lado, ó de venir tú al mio. — Ya me conoces: resolución que tomo es irrevocable: para llegar al fin que me propongo nunca reparo en los medios.»

Milagros, que en efecto conocia bien á don Fadrique, no pudo menos de estremecerse al leer las últimas frases que transcritas dejamos; porque el oidor no era hombre que amenzase en vano; ni se parase en escrúpulos para conseguir el fin que se proponía.

Y, sin embargo, no era posible por el momento llevarle á Madrid, ni menos abandonar la corte para reunirse con él.

A lo primero se oponía, en primer lugar, la repugnancia que desde sus relaciones con Sotopardo inspiraba á la Gitana su antiguo y viejo amante; repugnancia tan natural que no ha menester explicaciones. En segundo lugar, el fraile no queria tener quien dificultase su trato con la penitenta, y aunque la bajeza del ex-oidor era á tal punto llegada que no se dudaba de que, conociendo la cuenta que le traía, cerrase complacientemente los ojos, con todo eso, así Milagros como el reverendo, además del estorbo, temían la sanguijuela insalvable, y lo ocasionado á escándalos de los vicios de la embriaguez y del juego que á don Fadrique dominaban. Pero sobre esos dos obstáculos de primer orden descollaba otro casi invencible, á saber: las causas de la proscripción de aquel mal hombre, cada una de por sí sobrado grave para dificultar su indulto hasta lo sumo; las tres juntas, realmente superiores á toda la influencia de que disponían los dos cómplices.

Quedaba el arbitrio de que Milagros marchase á Francia: pero á eso el Fraile oponía su reto soberano; y ella el temor á reunirse con el hombre ahorrecido, apartándose del amado, y para sumirse además de nuevo, para siempre, y saliendo de una vida cómoda, en la mas espantosa miseria.

Todo bien reflexionado acordaron Milagros y su director espiritual dar á don Fadrique esperanzas, aunque remotas, de conseguir su indulto; demostrarle que no era difícil; que la marcha de Milagros equivalía á renunciar á ellas, y á condenarse entrambos á la ineducidad; y por último á prometerle un aumento no despreciable en su pensión, siempre que por su parte se comprometiese á tolerar resignadamente su destierro.

Contra toda probabilidad don Fadrique respondió aviniéndose de plano á cuanto se le proponía, y, lo que es mas, reconociendo que la impaciencia de estrechar en sus brazos á la que amaba, le habia hecho ser demasiado exigente.

La primera impresion que en Milagros causó tan juiciosa y sumisa respuesta, fué un estremecimiento de pánico terror; nunca son los malvados mas terribles, en efecto, que cuando mas inofensivos aparecen: pero luego se dijo que el aumento de la pensión deslumbraba al oidor; y luego... luego... Sotopardo acababa de volver á Madrid, y el deseo de cautivarle otra vez en sus redes, absorbió completamente su existencia.

Tambien Matilde supo la llegada de Sotopardo; y tambien ella se propuso reconquistar aquel corazon rebelde: Almazan pagó los primeros gastos de aquella guerra.

La licencia de Mendoza, bien hallada con la holganza, de prórroga en prórroga iba entrando en su tercer año, y el sufrimiento del comandante agotándose en Badajoz, cuando el último recibió de Matilde una carta en que le decia:

«Un sacrificio mas, amigo mio, que será tomado en cuenta el día de las compensaciones. Imposible conseguir que sea V. colocado por ahora en España; menos que se le permita volver á Madrid. Todo lo que ha podido lograrse con indecible trabajo es que, en su propio empleo, se le destine á V. á la Habana, y la promesa de que pronto volverá con ascenso á la península. Si yo, que soy quien mas padece, he aceptado tal partido ¿podrá V. rehusarlo? No lo creo, y vuelvo á decir que todo se le tomará en cuenta el día de las compensaciones. A Dios, mi corazon vá con V. etc. etc.»

Duro era el partido, pero Almazan sentia que, para su fama en el ejército todavia se le trataba con favor excesivo: resignóse, pues, y partió para la Habana, jurando por todos los Dioses del Olimpo, que no habia de tener reposo hasta perder á su implacable apaleador.

Desembarzadas así la madre y la hija de aquellos de sus amantes que estorbarlas podian, y recatándose esmeradamente la una de la otra, asestaron sus baterías al infeliz Sotopardo, á quien la reciente muerte de Laura habia causado impresion tan honda, que sus mas íntimos amigos le encontraban en la calle sin reconocerle.

(Continuad.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LUIS XIV Y EL ALMIRANTE DUGUAY-TROOIN.

Luis XIV rey de Francia se divertía mucho con oír al almirante Duguay-Trooin referir las acciones en que habia tomado parte. Un día que este marino celebró contaba los pormenores de una accion en que habia mandado un navio llamado *la Gloria*; dijo:

—«Mandé á *la Gloria* que me siguiese...»

—«Siguio,» le interrumpió el rey sonriéndose.

CHAPELAIN Y RICHELIEU.

El cardenal de Richelieu compuso una comedia y rogó al escritor Chapelain que se declarara como autor de ella.

—«Prestadme vuestro nombre, le dijo el cardenal, y os prestaré mi bolsa.»

EL TASSO Y EL ARIOSTO.

Un caballero napolitano tuvo catorce desafios para sostener que el *Tasso* valia mas que el *Ariosto*. Este entusiasta del *Tasso*, cuando estaba muriéndose, exclamó dolorosamente: ¡Ah, y sin embargo no he leído ni uno ni otro poeta!



Virgen de la Concepcion que existe sobre la puerta de los Leones en la catedral de Toledo.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 30.

Si pulero y económico, y la fortuna le mirará.

Oficina y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alzambra.